

no tuvieron ya nada que temer de los Visconti, sobre todo quedando en pie la coalición.

En estas revueltas sangrientas subió á gran altura Francisco Sforza, hijo de una familia de labradores de la Romagna que por su fuerza colosal habian recibido en su tierra el apodo de Sforza. Su padre habia entrado en el servicio militar del Papa á sueldo como otros, y despues habia pasado al de la reina Juana II de Nápoles con su compañero Pandolfo Alogo, que llegó á ser el favorito de esta reina. Juana

tambien protegió á Sforza, á quien nombró gran condestable y le proporcionó la ocasion de reunir honores y grandes riquezas. Destituido por Jacobo de Borbon, el segundo esposo de Juana, volvió despues á su puesto peleando por Luis III de Anjou contra Alfonso V de Aragon, y finalmente se ahogó en el rio Pescara en enero del año 1424.

Su hijo Francisco Sforza entró al servicio de Felipe María Visconti, cuyo favor supo ganar con sus grandes servicios militares hasta tal punto que el tirano le dió por esposa á su



Copia de un dibujo del tratado del rey Renato sobre los torneos.

«Aquí se representa cómo la dama con el caballero ó escudero de honor entregan el premio.»

hija natural Blanca y le formó una posición de príncipe. El mismo Sforza tomó gran parte en la rebelión de los Colonna contra el papa Eugenio IV, tanto que el auxilio que prestó á los romanos sublevados obligó á este papa á huir en 1434 á Florencia y á entenderse con el concilio de Basilea. En el desmoronamiento de los dominios temporales de la Santa Sede que despues se inició, se apoderó Francisco Sforza de la ciudad de Ancona. Era por lo demás de prever, atendido el carácter de la época y de la gente, en que reinaba una desconfianza general, que los recelos mutuos enemistarian también á Felipe María con su general y yerno Francisco Sforza; pero antes que esto pudiera suceder murió el duque en el verano de 1447, y no dejando ningún hijo varón quedó extinguida la línea masculina de la familia Visconti.

Un partido poderoso creyó que con esto habia llegado el momento favorable para restablecer la organización republi-

cana de otros tiempos, mientras solicitaban la sucesión por un lado el conde Amadeo de Saboya, cuñado del difunto duque, y por otro Alfonso V, rey de Aragon y de Nápoles. Triunfó el partido republicano, que tenía el apoyo de Francisco Sforza y de su aguerrida tropa, pero con grandísimo daño de Milan, la cual, sin tranquilidad en el interior, se vió abandonada por las demás ciudades del territorio, de las cuales las unas proclamaron su autonomía é independencia y las otras prefirieron ser regidas por algún reyezuelo ó jefe ambicioso. Todo esto dió lugar á una multitud de guerras que muy pronto acabaron con los recursos de los milaneses, mientras en el interior se disputaban la supremacía y el gobierno los güelfos y gibelinos con mayor saña que nunca. El resultado de todo fué que ganó terreno la convicción de que solo un gobierno monárquico, fuerte y riguroso, podía restablecer y mantener el orden interior y rechazar á los

enemigos exteriores, en primera línea á Venecia, que extendía su poder de una manera temible. Impulsado por esta idea sublevó el pueblo contra las autoridades republicanas y las obligó á proclamar duque de Milan á Francisco Sforza, que aclamado por el pueblo tomó posesión de la ciudad á fines de marzo de 1450.

Este cambio dió á la ciudad y á todo el territorio un período de tranquilidad, en el cual los infelices habitantes pudieron reponerse de las crueles calamidades que habian sufrido. Aunque Sforza habia subido como hombre de armas, mostró muy pronto que era también regente solícito, prudente, previsor y amante de la paz, y para asegurar ésta no retrocedió ante grandes sacrificios. Así en la primavera del año 1454 hizo la paz en Lodi con la república de Venecia, á la cual por lo demás tampoco tenia esperanza alguna de vencer, dejándola definitivamente en posesión de todas las plazas que despues de perderlas en el curso de la guerra habia recuperado, incluso Crema. Con esto renunció Sforza á la posición dominante que habia ocupado Milan en tiempo del apogeo de los Visconti y reconoció por lo mismo tácitamente la preponderancia de Venecia.

El reinado del primer Sforza fué para la Lombardía un período de paz y de prosperidad; la agricultura, las industrias y el comercio volvieron á florecer, como igualmente las artes y ciencias, que encontraron en él un protector inteligente. Todo el mundo se sometió gustoso á su riguroso pero benévolo gobierno monárquico en el sentido moderno. Por otra parte, si este soberano supo hacer imperar los derechos y la autoridad del trono y de su representante, no se manchó con actos de ferocidad desenfrenada como los últimos Visconti. Trabajó por todos los medios prudentes para la consolidación de su dinastía contrayendo lazos de parentesco con las familias soberanas más antiguas de la península: casó con Alfonso, hijo del rey Fernando de Nápoles, á su hija Hipólita, erudita conocedora del idioma griego y de su literatura, y á uno de sus hijos con Leonor, hija del mismo rey de Nápoles y de consiguiente hermana de Alfonso.

Los Anjou no habian renunciado todavía á la corona de



Teston, moneda del papa Julio II (tamaño del original).

Anverso.—En el centro el busto del Papa con capa pluvial. Inscripción circular: IULIUS. II. PONTIFEX. MAXIMVS.

Reverso.—En el centro el escudo de armas de la familia de Julio II; encima las llaves y la tiara. Inscripción circular: PAX. ROMANA.

(Gabinete Numismático de Berlín.)

Nápoles, por cuya razón Luis XI de Francia procuró tener con el duque Sforza relaciones amistosas; y á estas circunstancias se debió que la rivalidad de ambos sobre la posesión de Génova no produjera un choque sangriento, sobre todo cuando los genoveses reconocieron en 1464 al duque por soberano suyo. Esto no impidió que á la sentida muerte de Francisco Sforza en 1466 empezara á desmoronarse su imperio, porque su hijo primogénito, que le sucedió en el trono, Galeazzo María, fué un tirano vicioso cuyo reinado recordaba los peores tiempos del dominio de los Visconti. Galeazzo

Sforza derrochó locamente los tesoros que para consolidar el trono en su familia habia acumulado su padre; con sus atentados cínicos al honor de las mujeres casadas y solteras, sin reparar en clases, exasperó á muchas familias, y sospechando siempre una explosión del creciente descontento, pensó impedirlo con un régimen de terror y de sangre.

Pero al cabo murió por Navidad del año 1476 bajo los puñales de tres hijos de familias distinguidas que se habian conjurado para acabar con aquella fiera. A pesar de esto, sus auxiliares consiguieron con su prudencia y energía conser-



Busto de mármol, en relieve, de Cosme de Médicis.

Obra atribuida á Andrés de Verrochio, que vivió desde 1432 hasta 1488. Consérvase en el Museo de Berlín.

var el trono para el hijo del tirano, Juan Galeazzo, bajo la regencia de su madre Bona, hermana del duque Amadeo VIII de Saboya y pariente de Luis XI de Francia. Con esto estalló también una furiosa contienda entre los miembros de la familia Sforza que aceleró su ruina y abrió el camino de Italia á los codiciosos soberanos extranjeros, que desde mucho tiempo espianaban la ocasión propicia para introducirse en la península.

El difunto Galeazzo María habia tenido apartados del gobierno y hasta desterrados á sus hermanos; pero tan pronto como hubo muerto, la regente, á fin de reconciliarlos con la situación, levantó los destierros y les dió á cada uno una posición brillante, creyendo apartar así todo peligro. En esto se engañó, porque uno de ellos, Ludovico, llamado el Moro por sobrenombre, hombre ambicioso é intrigante, se alzó en breve pretendiendo la regencia, precisamente cuando las dificultades exteriores cada día mayores hacían desear que una mano robusta y una voluntad decidida y enérgica se encargaran del gobierno. En efecto, Génova se habia hecho independiente; los suizos, instigados por el Papa, mostraron deseos de extenderse hacia el Sur, y la alianza que Galeazzo María habia hecho con Florencia amenazaba envolver al gobierno de Milan en la guerra que aquella tenía con Nápoles. El descontento general obligó á la regente á tomar medidas de rigor, lo cual dió un nuevo pretexto á sus adversarios, y Ludovico el Moro juzgó entonces oportuno proceder con decisión. A instigación suya fué acusado de traición, sin motivo fundado, juzgado y decapitado Cecco Simonella, el enérgico ministro principal y el auxiliar más valioso y más fiel de la regente, la cual tuvo que entregar las



riendas del gobierno al ambicioso Ludovico el Moro. Este desde entonces trabajó por usurpar la corona ducal; un atentado que sus aliados gibelinos, desengañados, tramaron contra su vida en 1484, después que le habían ayudado a perder á Simonella, dió ocasion á Ludovico para robustecerse en su posición, de tal modo que continuó gobernando después de haber llegado el joven duque, su sobrino, á su mayor edad, de haberse casado con una hija de Alfonso, heredero del trono de Nápoles, y de ser ya á su vez padre de un hijo que su esposa dió á luz á fines del año 1490. Al año siguiente casóse el regente Ludovico con Beatriz de Este, y el mismo año, 1491, murió el joven duque Galeazo. Pero cuando



Sello de plomo de Miguel Steno, dux de Venecia (tamaño del original).

En el anverso se ve al dux recibiendo una bandera de manos de San Marcos. — Consérvase en el Archivo del Gobierno, en Berlin.



Moneda de oro (ducado) del dux Marino Faliero (tamaño del original).

Anverso. — San Marcos entrega una bandera al dux, que está arrodillado. Inscripción circular: MAIN' FALEDRO, S. M. VENETI. Reverso. — Cristo rodeado de estrellas. Inscripción circular: SIT. T. XPE. DAT. Q. TV. REGIS ISTE DVCA' (Sit tibi Christe datus quem tu regis iste ducatus). Exámetro leonino que se encuentra en muchas monedas de oro de la Edad media, y de cuya última palabra deriva el nombre de la moneda, *ducado*.

prestarse á desempeñar un papel tan miserable como el del emperador Wenceslao en el asunto de Juan Galeazo Visconti. El astuto Ludovico Moro, conociendo la penuria del rey de Alemania, al cual además el de Francia había quitado su esposa, la duquesa Ana de Bretaña, ofrecióle la mano de su sobrina Blanca María, hermana de Juan Galeazo, con 400,000 ducados de dote, cantidad inmensa para aquella época, que por el momento sacó á Maximiliano de su estrechez y le permitió operar como deseaba tanto en los Países Bajos como en sus Estados hereditarios. Aceptó, pues; se efectuó el casamiento, y Ludovico Moro fué solemne-

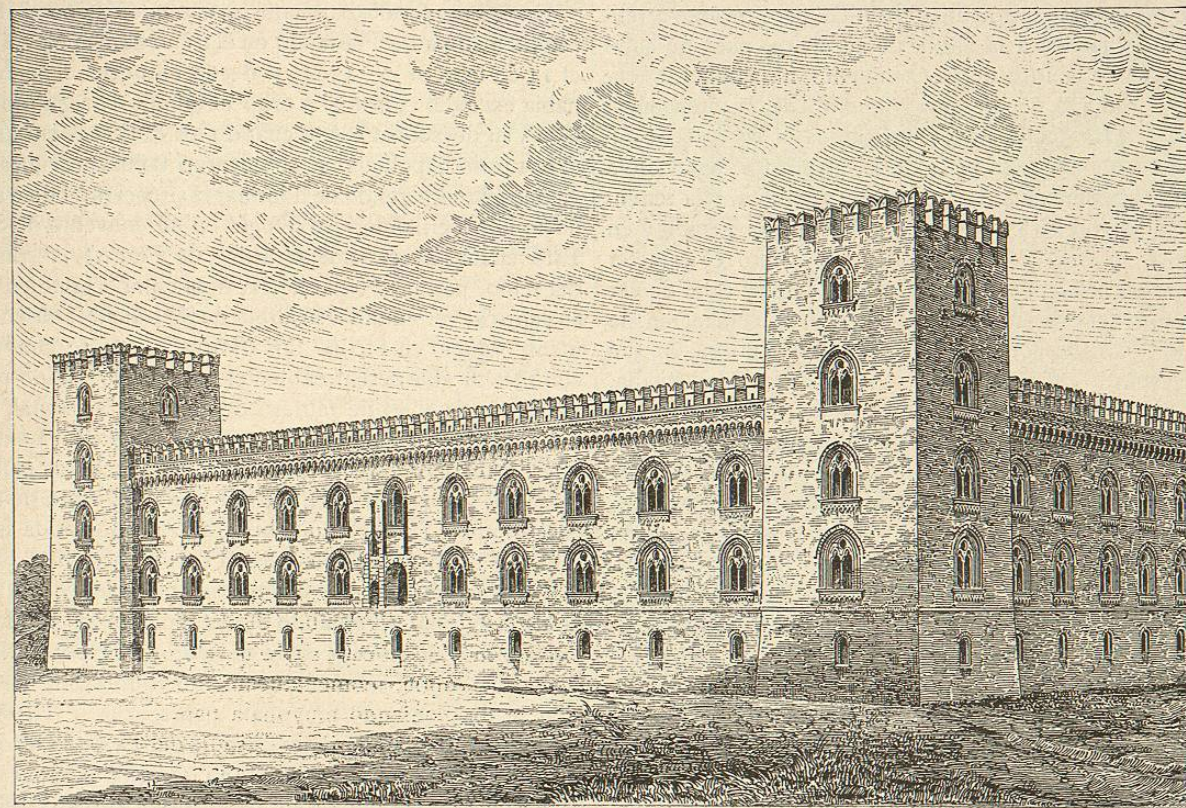
mente investido del ducado de Milan con la declaracion de que le pertenecía de derecho y no á su sobrino, atendido que el padre de Ludovico era ya, al nacer éste, duque de Milan, mientras Galeazo María, el hermano mayor de Ludovico, habia nacido antes de ser duque el padre de ambos, de suerte que el heredero legítimo de la corona de Milan era Ludovico y no el pequeño sobrino de éste. Esta argucia sutil recuerda la que se empleó para probar que el segundo hijo del rey Enrique I de Alemania tenia mayor derecho á la corona de este país que su hermano mayor Oton. Habiendo así probado Ludovico Moro que él era el duque legítimo de Milan, le convino pedir el auxilio francés para asegurarse contra la intervencion de Fernando de Nápoles. Carlos VIII de Francia asió esta ocasion para dar, con el pretexto de las antiguas pretensiones de los Anjou al trono de Nápoles, el primer paso en la realizacion de su vasto y fantástico proyecto secreto de apoderarse de toda la Italia para desde allí libertar la Palestina de los infieles. Con esta intencion estipuló con Ludovico Moro que éste, en cambio de garantizarle la posesion del ducado de Milan, concedería á los franceses el libre paso por sus dominios para atacar al rey de Nápoles por tierra, obligándose además á auxiliar al rey de Francia en su expedicion con tropas, dinero y la mitad de la escuadra genovesa, pues que Génova se habia vuelto á someter en 1488 á Ludovico. Realizada la conquista del reino de Nápoles por el rey de Francia, éste entregaría á Ludovico Moro el principado de Tarento.

Estos convenios del usurpador de la corona de Milan con dos soberanos, enemigos naturales entre sí, acabaron por abrir la Italia á los extranjeros ambiciosos, que convirtieron la península en teatro de la moderna diplomacia sutil, astuta y oculta; y sus habitantes, destinados á formar una gran nacion inteligente, fueron el juguete de la política y de los intereses dinásticos. Allí se inauguraron entonces las primeras guerras entre los modernos Estados europeos.

El ataque francés fué la mecha que inflamó la masa de combustible acumulado en Italia por la situacion interior

enrevesada é inextricable de la península, en cada uno de cuyos Estados se movian y luchaban además partidos que estaban siempre dispuestos á asociarse á una invasion extranjera. El número de individuos y partidos que se lisonjaban de medrar á la sombra de las armas extranjeras era demasiado grande para que hubiese sido posible organizar una resistencia seria y eficaz; y los que lo hubiesen tentado, habrían dado con ello ocasion á sus enemigos interiores á arrojarlos sobre ellos. Por eso Carlos VIII pudo llevar á cabo con sorprendente rapidez y buen éxito su campaña, sin que al parecer se cumpliera ninguno de los sombríos vaticinios que habian hecho los hombres prácticos antiguos servidores de su circunspecto padre.

En el verano de 1494 se puso en marcha para Italia Carlos VIII con un ejército de 50,000 hombres, compuesto de feudatarios nobles y de sus contingentes montados, de la tropa real de infantería, de los mercenarios suizos y de numerosa artillería. Sin impedimento alguno atravesó los territorios de Saboya y Montferrato. Desde Asti, que pertenecía á Luis de Orleans por su madre, de la familia Visconti, se dirigió á Pavia, y allí se detuvo bastante tiempo para arreglar asuntos pecuniarios; pero entretanto hizo desalojar de la Romagna á las tropas napolitanas que la tenian ocupada y tomar los desfiladeros que conducian á Toscana. En el mes de octubre avanzó sobre Florencia, donde reinaba una fermentacion general, originada por el desgobierno del débil Pedro de



Palacio de los Visconti en Pavia (reconstrucción).

Médicis y exacerbada por los sermones proféticos que excitando á la penitencia estaba predicando desde algun tiempo antes Gerónimo Savonarola, prior del convento de San Marcos. Estos sermones impresionaban profundamente al pueblo de Florencia, no tanto por las exhortaciones á la penitencia y á la reforma de las costumbres cuanto por las ideas políticas que se enlazaban naturalmente con la regeneracion moral. En esta situacion Pedro de Médicis prefirió una composicion amistosa con el rey de Francia á una resistencia armada; pero en la entrevista personal que tuvo con Carlos VIII éste le atemorizó tanto con su actitud enérgica y amenazadora que Pedro concedió cuanto se le pedia, á pesar de no ser muy favorable la posicion del ejército invasor en aquel país montuoso, sobre todo después de algunos descalabros que habia sufrido. Pedro entregó al rey varias plazas fuertes; además los franceses ocuparon á Liorna y Pisa, cuyos habitantes creían así hacerse independientes de Florencia, y la Toscana entera, cuya defensa habria sido facilísima, cayó sin lucha seria en manos del invasor. La conducta cobarde de Pedro de Médicis y los sermones de Savonarola, que anunciaba la llegada de un libertador del pueblo esclavizado, produjeron un alzamiento general; Pe-

dro huyó, el pueblo saqueó su palacio, y la ciudad puso á precio su cabeza; pero por lo demás la autoridad de Savonarola evitó la efusion de sangre. La poblacion entusiasmada creyó haber entrado en una era de libertad; solo que las ciudades sometidas á Florencia pensaban lo mismo y aprovecharon la entrada de los franceses para declararse independientes.

La ciudad de Florencia pidió á Carlos VIII garantías de que respetaría sus derechos y libertades, pero el rey eludió el darlas bajo toda clase de pretextos, y el 17 de noviembre efectuó su entrada, siendo recibido por la poblacion con grandes obsequios. Pronto su actitud despótica y orgullosa, y la conducta brutal de sus oficiales y soldados, que trataron á la ciudad y los habitantes en son de conquistadores, exasperaron á la poblacion, de tal suerte que tomó un aspecto amenazador, y Carlos VIII juzgó prudente resignarse á firmar un convenio, por el cual el gobierno de Florencia le concedió el derecho de ocupar por dos años las plazas fuertes que Pedro de Médicis le habia cedido. Además Florencia se obligó á pagar una subvencion crecida en metálico y concedió al rey el pomposo título de restaurador y protector de la libertad florentina. Arreglado esto,